

Apuntes para leer los espacios urbanos: una propuesta antropológica

Lucía Bazán y Margarita Estrada*

Resumen: Este artículo plantea una propuesta metodológica para el estudio del espacio urbano, entendido como un fenómeno que integra los lugares físicos y a sus habitantes. Propone al espacio como un instrumento de análisis social que permite llegar al estudio de los cambios en las relaciones sociales de quienes tienen que ver con él. Analiza las relaciones políticas, económicas y sociales entre grupos e individuos que interactúan en tres momentos de la construcción social del espacio: construcción, uso y apropiación.

Abstract: This article gives a methodological proposal for the study of urban space, a phenomenon that includes the material surroundings and its neighbors. Space is proposed as an instrument of social analysis. It allows us to study social relations changes of those groups and individuals who dwell in it. The author distinguishes three stages in the social construction of space: construction, use, and appropriation.

Las ciudades están constituidas por las relaciones sociales de quienes en ellas habitan. Concebirlas así nos permite entender el fenómeno urbano como un fenómeno comprensivo que integra tanto los lugares físicos como a quienes los habitan —los ámbitos públicos y los privados, los espacios domésticos y los colectivos las instituciones y los individuos— como un fenómeno que no descansa en la infraestructura arquitectónica, en la construcción o en la distribución de las edificaciones, sino en los habitantes y en sus prácticas sociales, en los grupos sociales que conforman, deciden, usan y sufren las instalaciones urbanas.

Los estudios antropológicos de los espacios urbanos, desde sus orígenes, se han desarrollado bajo dos tendencias. Una que se centra en los fenómenos que tienen lugar en la ciudad y otra que hace de ella su objeto de estudio. Es decir, que analiza la ciudad en sí misma.

* CIESAS

La primera tendencia abarca los trabajos acerca de las manifestaciones culturales que tienen lugar en las ciudades y que, por lo tanto, se tipifican como urbanas, como los salones de baile o las celebraciones y las festividades religiosas, entre otras (Rodríguez, Sevilla). También estudia fenómenos multidimensionales como la identidad, una de cuyas manifestaciones es la pertenencia a una zona de residencia (Portal). En esta línea se ubican los trabajos que retoman la relación entre la dinámica económica y el desarrollo urbano. El análisis de la expansión física y demográfica de una ciudad, a partir de la diversificación económica y de la instalación de nuevas actividades industriales, ha sido objeto de múltiples estudios (Arias y Bazán).

La segunda tendencia tampoco es homogénea. Si bien tiene por objeto la ciudad, como una realidad compleja que es susceptible de ser estudiada en sí misma, hay un enfoque que tiene su origen en la Escuela de Chicago, que considera al espacio urbano y a los que lo habitan como una unidad. Pero hay otra tendencia que considera a las ciudades como resultado de las relaciones sociales, en particular de las relaciones de producción (Signorelli, 1996). Es en esta última en donde se ubica este artículo.

Pretendemos poner a discusión una propuesta metodológica para el estudio de las ciudades que utilice al espacio como una herramienta para introducirse en las relaciones complejas que en él ocurren. Nuestro objetivo es plantear una particular manera de aproximación al espacio urbano que permita descubrir, en el entramado de una ciudad, las relaciones sociales de sus usuarios, reconociendo que el espacio es un recurso fundamental en el desarrollo y en la vida de los grupos sociales, desde diversas perspectivas: económicas, políticas, demográficas y culturales. En este sentido, concebimos al espacio urbano como un espacio —social y político— que no sólo es el contexto y la arena en el que acontecen determinadas relaciones sociales, que no sólo es un recurso cuyo acceso y control es disputado por los distintos grupos que conforman la ciudad, sino que, al mismo tiempo, es resultado y es generador de dichas relaciones y, en consecuencia, es un elemento activo en la conformación de la ciudad debido a que, como señalamos, las ciudades se constituyen por las relaciones de sus habitantes. Desde esta perspectiva, podemos pensar que la observación y el análisis del espacio urbano, de sus usos y de sus transformaciones, se convierte en una productiva forma de aproximación a los fenómenos sociales que en él ocurren.

La afirmación de Gluckmann de que una nueva forma de observación puede crear una nueva disciplina, estimula este esfuerzo: creemos que la observación de los fenómenos sociales, particularmente de los urbanos, desde el espacio en el que ocurren, permite que la investigación antropológica en este campo dé cuenta,

de una manera integral, de los acontecimientos que constituyen la realidad de sus habitantes y de sus relaciones.

Cuando proponemos que el espacio puede ser un instrumento útil de análisis social, la propuesta implica ir más allá de la observación del espacio en sí mismo y de su uso aparente, para descubrir, a través de éste y de sus transformaciones, los cambios en las relaciones sociales de quienes tienen que ver con ese espacio: cuáles son las características de las familias que usan sus viviendas como lugares productivos; quiénes son los usuarios de las calles, los transeúntes o los comerciantes, los clientes del comercio callejero, los vecinos de las nuevas colonias segregadas, los participantes de las ferias, de las fiestas, de las manifestaciones artísticas en plazas y calles; quiénes toman las calles para manifestarse, en dónde son estas manifestaciones, cuál es la reacción de los vecinos ante ellas, etcétera.

Así, el espacio urbano se convierte en una excelente guía para analizar las relaciones sociales de los grupos que viven, construyen y usan la ciudad. Para ello se requiere concebirlo como un espacio social, lo que implica poner el énfasis en la relación que se establece entre éste y los grupos que lo construyen, lo usan, se lo apropian, le asignan significados.

Entre construcción, uso y apropiación, se establece una dinámica temporal y se ponen en juego relaciones políticas y sociales entre grupos e individuos, actores en ese espacio. Esta dinámica particular refleja la emergencia de grupos de poder, el cambio en las políticas sociales y económicas, la modificación en las condiciones y en las posibilidades de acceso a determinados recursos, etcétera. Así, la conjunción de estas tres características permite que el espacio, como instrumento de investigación, no sea un elemento estático, sino dinámico. Como más adelante trataremos de analizar, entre la construcción y el uso del espacio pueden mediar no sólo diversas etapas temporales, sino diversos intereses entre los distintos actores de estos procesos: los constructores y los usuarios o, incluso, entre el mismo grupo de usuarios (Signorelli, 1996). Esta conjunción también permite integrar, al estudio de los fenómenos urbanos actuales, el desplazamiento de las sedes de poder (económico y político) de quienes deciden construcciones y asignan usos al espacio (que con frecuencia, en el mundo actual, están lejanos y distantes de los lugares físicos que controlan y de los grupos sociales allí ubicados), y los lugares en los que ese poder se ejerce, sin excluir la dimensión espacial de los fenómenos sociales actuales, característicos de la intervención de la informática y de las redes de la comunicación global.

El espacio, como herramienta de investigación de los fenómenos sociales, requiere ser analizado desde dos perspectivas: el espacio público y el espacio pri-

vado. Público y privado, en términos de la discusión clásica, hace referencia a la intervención del Estado y de la sociedad civil. Para los fines aquí propuestos, concebimos al espacio privado como el controlado por los particulares y, al público, como el espacio abierto, construido, generalmente, por los administradores gubernamentales para el uso de todos los grupos integrantes de una sociedad, y mantenido como tal. El dinamismo de la conjunción de ambos destinos del espacio también es relevante: las ciudades, por ejemplo, cuentan con equipamiento e infraestructura destinados, inicialmente, al uso general, es decir, los equipamientos urbanos serían considerados como espacios públicos.¹

Sin embargo, en las circunstancias actuales de crisis, por ejemplo, muchos de esos espacios se han privatizado, o existe una lucha por privatizarlos: muchas calles de colonias habitacionales se cierran al tránsito general y se destinan, exclusivamente, al uso de los vecinos de dichas colonias; muchas otras calles son invadidas por los comerciantes ambulantes² y destinadas a la compra-venta, sin permitir el tránsito vehicular. Es decir, en ambos casos el espacio público se privatiza.

De manera opuesta, muchas casas, antes consideradas como el espacio más representativo de la vida privada, abren sus puertas a actividades que tienen que ver más con el uso del espacio público. Ciertos espacios domésticos pierden su privacidad para transformarse en lugares abiertos a grupos más amplios que la familia, por ejemplo, cuando la sala se transforma en tienda, la recámara principal se hace taller o, temporalmente, una casa se transforma en guardería de los hijos de las vecinas trabajadoras.

Por último, la modificación en el uso del espacio puede tener diversos orígenes. Uno de ellos, que nos interesa poner de relieve aquí, es la modificación generada por la apropiación de ese espacio. Con una frecuencia cada vez mayor, la decisión sobre los nuevos usos del espacio construido es tomada por sujetos sociales distintos a los usuarios. Es decir, muchos espacios cambian su uso por un acto de apropiación por parte de grupos específicos que, por la vía de los hechos, empiezan a usarlos de manera distinta a la que había sido proyectada. Desde la perspectiva aquí planteada, la apropiación implica siempre un acto explí-

¹ Esta concepción de lo público y de lo privado tiene que ver con la propuesta de Monnet sobre "lo público, lo privado y la ciudad", en la que señala que estas oposiciones hacen referencia a la "materialización de lo compartido/reservado, o de lo social/intimo. Según este punto de vista, se podría considerar a la ciudad como una concretización de lo público: no como mera casualidad de un espacio abierto a cualquier paseante... sino como una manifestación del orden social, de una voluntad/manera de vivir juntos"

² Monnet establece los nexos, entre el comercio y el espacio público como "las vías por las cuales el comercio califica el espacio como 'público' por un lado, y por otro, de qué manera el espacio califica al comercio como elemento clave de la vida en sociedad, como expresión concreta de 'urbanidad'".

cito de poder sobre un espacio dado, para modificar el uso al que había sido destinado. Este acto de apropiación, que generalmente tiene lugar en espacios públicos, con frecuencia es acompañado de violencia y de enfrentamientos entre los poderes formales y estos grupos emergentes que se consideran con derecho a usar la ciudad —o parte de ésta— para sus propios fines.

Actores y lugares, pues, son los dos elementos básicos de esta propuesta para aproximarnos a los estudios urbanos. Quiénes, dónde y cómo, serían las preguntas fundamentales. El punto de arranque lo proporcionan la construcción, el uso y la apropiación del espacio.

Construcción

La construcción de un espacio implica algo más que el hecho físico del levantamiento de estructuras arquitectónicas en un lugar determinado. Significa la intervención social sobre un recurso natural. Supone la decisión, por parte de un grupo, de transformar dicho lugar y de destinarlo a un uso específico, nuevo, diverso del actual. Es decir, en el inicio de la construcción del espacio hay una decisión que implica relaciones políticas, una decisión de poder sobre el territorio y sobre su destino.

Desde el momento de su construcción, el espacio está cargado de tensiones, la construcción es el resultado de un acto de poder que violenta un orden preexistente, las condiciones en que tiene lugar son, además, consecuencia y manifestación de las relaciones sociales que privan en la sociedad, con sus desigualdades y con sus contradicciones. Así, el espacio es resultado de las relaciones sociales, pero también es uno de los ámbitos en donde interactúan, en donde afloran los conflictos.

Desde esta perspectiva, por ejemplo, podríamos releer la historia. En la ciudad de México uno podría remontarse hasta la población azteca y la construcción de la ciudad sobre un lago; la transformación de la Alameda en un paseo higiénico y planificado, en el siglo XIX; la reglamentación de los nuevos asentamientos urbanos en 1900 en el Distrito Federal (Gortari y Hernández); la invasión de los pedregales del sur de la ciudad (los de San Angel y los de Santa Úrsula) hasta hacerlos habitables (Alonso); la densificación de cualquier resquicio urbano en las últimas décadas, son actos de poder, de supremacía de la cultura sobre la naturaleza.

Por otra parte, la intervención española conquistadora que sepultó el Templo Mayor; el desplazamiento de los indios a las afueras de la ciudad española; la paulatina supresión de los ranchos en Narvarte, en Mixcoac o en San Angel,

en aras de la expansión urbana y de la creación de viviendas; la sustitución de las haciendas lecheras por naves industriales en la Delegación Azcapotzalco, desde los años cuarenta, fueron actos de poder y manifestación del conflicto que permeaba las relaciones entre distintos grupos sociales, es decir, del conflicto social. Conflicto que se manifiesta en, y por, el espacio.

El espacio social está formado por áreas destinadas al uso público y por áreas de acceso restringido, privado, que desde el momento de su construcción buscan la diferenciación entre ambas, a fin de responder a los usos específicos de cada una. Debido a esta distinción, no es posible la existencia de los diversos espacios privados sin la existencia de los públicos. Éstos permiten la integración de los primeros con el resto de la ciudad, con otros espacios privados y públicos. Los rasgos opuestos de unos y de otros, su existencia como oposición indisoluble en los contextos urbanos, son características destacadas de los espacios sociales. En el proceso de construcción del espacio social podemos tipificar tres situaciones:

a) quienes construyen pertenecen al mismo grupo social de quienes van a ser los usuarios de dicho espacio. Parte importante de la construcción de la vivienda y de la urbanización destinada a los sectores medios y a las élites, en las ciudades, se encuentra en esta situación. Las colonias residenciales cuentan con una urbanización —*ad hoc*— que responde a sus necesidades: servicios, calles amplias para la circulación de los automóviles, parques arbolados para el disfrute de los vecinos, iglesias y centros comerciales. Tanto los espacios destinados a ser públicos, como aquellos que son estrictamente privados, son proyectados, financiados y construidos por inversionistas privados. No hay contradicción entre los valores de los constructores y los intereses de los usuarios. En esta primera situación, los usuarios, al integrarse a este espacio, de hecho están interiorizando y refrendando los valores del grupo social al que pertenecen, y que lo construyó.

El conflicto se manifiesta cuando la densificación o el crecimiento de la ciudad rodea estas zonas de vivienda cuyos habitantes pertenecen a otro sector social; cuando, por causa del propio crecimiento de la ciudad, o como consecuencia de su densificación, se hace necesario afectar algunos de sus privilegios para satisfacer las necesidades de otros sectores de la población. Los ejemplos de esta situación abundan y se refieren a los conflictos en torno al abastecimiento del agua, al trazo de nuevas rutas del transporte público, que atraviesan dichas zonas, o a la instalación de establecimientos comerciales o de servicios que deterioran el medio ambiente y llenan las calles de ruido y de tráfico. Las protestas de los vecinos afectados aparecen ante tales circunstancias y se trata de resolverlas mediante la presión al gobierno local.

b) Una segunda situación es aquella en la que el primer acto del uso del espacio no fue la construcción, sino la apropiación de un territorio. Nos referimos a los procesos —tan frecuentes en las ciudades de este país— de invasión de predios (urbanos o suburbanos) por grupos de desposeídos. La urbanización y la edificación de casas, en estos casos, se realiza sin ningún proyecto determinado, buscando satisfacer las necesidades de vivienda. El trazo de calles, la introducción de servicios, los equipamientos —mercados, escuelas, etcétera— son realizados posteriormente, una vez que el asentamiento se ha consolidado como tal, y como resultado de medidas de presión hacia el gobierno. Sobra decir que el conflicto atraviesa todo el proceso, desde el momento de la apropiación hasta cuando los habitantes tratan de obtener infraestructura urbana y servicios. En este contexto, se establece una dinámica mediante la cual los pobladores asumen la edificación de los espacios privados (las viviendas), y la construcción de los públicos se da como consecuencia de las negociaciones con el gobierno (el representante de la esfera pública por excelencia). Como resultado, se suele llegar a acuerdos para la construcción conjunta de estas áreas. En este caso, al igual que en el anterior, los usuarios se identifican con el grupo al que pertenecen a través del uso y de la transformación del espacio tomado.

La apropiación, para construir un espacio social, puede presentarse bajo otra modalidad. Es el caso en el que un grupo, que posee la capacidad política y económica, privatiza espacios públicos considerados patrimonio de la comunidad, de la nación o incluso de la humanidad, con el objeto de modificar su uso. En estos casos, el conflicto, con mucha frecuencia, se manifiesta porque algún área de uso público es destruida o reconstruida. Como resultado, la comunidad pierde la posibilidad de disfrutar de parques, de centros deportivos e incluso de zonas arqueológicas. Estas formas de apropiación suelen presentarse como expropiaciones, cuando la iniciativa procede del gobierno, o bien como transacciones comerciales en las cuales la iniciativa privada compra dicho espacio, privando a los usuarios tradicionales de su beneficio. Esta situación está cargada de conflictos que no pocas veces incluyen actos de violencia mediante los cuales el grupo despojado manifiesta su oposición a la medida y, el otro, su voluntad de continuar con el proyecto, apoyado en su poder económico y político. En estos casos, el origen del conflicto se encuentra en el hecho de transformar un espacio anteriormente público en uno privado.

c) La tercera modalidad aparece cuando instituciones estatales o financieras se encargan de la construcción de zonas para la habitación y el uso de un sector distinto de la población —grupos populares—, que requiere la acción de grupos externos para acceder a viviendas y a servicios urbanos. Es el caso de lo que

conocemos como equipamientos colectivos, la vivienda es uno de ellos, pero también comprende hospitales, escuelas, oficinas públicas, mercados, carreteras, medios de transporte público urbano, etcétera. Estos espacios pueden estar destinados a un uso público o privado y se pretende que satisfagan necesidades y demandas de sectores muy amplios de la población. Suelen ser construidos de manera uniforme a fin de satisfacer al ciudadano estándar.³

En este caso, la brecha entre constructores y usuarios puede ser muy grande y el proceso de identificación de los segundos con su grupo no pasa por la identificación con el espacio construido que utilizan, en particular cuando estos espacios están destinados a servir de vivienda. Las unidades habitacionales destinadas a los trabajadores son un ejemplo elocuente de esta situación. Desde el momento en que son proyectadas, sus características no responden a las necesidades de quienes serán sus moradores (Signorelli, 1939), pero en el proceso de adaptación al espacio, éstos lo modifican en diverso grado para adecuarlo a sus necesidades y a sus valores culturales.

Esta última situación surge como resultado de las presiones sociales, como respuesta del Estado a las demandas de vivienda, de infraestructura, de servicios, de equipamiento, que son ocasionadas por el desarrollo urbano, por la expansión y por la diversificación de la actividad económica. Es consecuencia de las presiones políticas, de los actos de poder que ejercen distintos sectores sociales para obtener tales beneficios (Castells y Godard).

Así pues, el proceso de construcción de un espacio social tiene lugar en un entramado de relaciones sociales que se caracterizan por su dinamismo y que con frecuencia están cargadas de conflicto entre quienes construyen y quienes usan dicho espacio, o entre los nuevos usuarios y aquellos que fueron desplazados por los nuevos usos del espacio.

Uso

El desarrollo de las diversas actividades humanas y de las relaciones sociales que les son intrínsecas ha tenido, como una de sus consecuencias, la especialización en el espacio urbano. Ésta se plasma en la existencia de zonas destinadas a actividades específicas y de espacios creados con propósitos determinados. Así, encontramos que en ciertas áreas de las ciudades se concentran las zonas resi-

³ Wirth plantea que uno de los rasgos del modo de vida urbano es la pérdida de la individualidad que caracteriza la vida en las comunidades rurales. Una de las consecuencias de este proceso, que se debe al tamaño de la población urbana y a su heterogeneidad, es que se hace necesario que la dotación de servicios y de bienes satisfaga la demanda del ciudadano estándar.

denciales, que en otras la actividad principal es la producción industrial, se concentra el comercio o los servicios financieros. Como decíamos antes, estos espacios, que pertenecen al ámbito privado, no son los únicos que se han generado como resultado de la actividad humana y de las relaciones que ésta involucra. Las ciudades también cuentan con espacios públicos como son las plazas y los parques, incluso las mismas calles, las oficinas públicas, los mercados, los hospitales, las escuelas y las iglesias, entre otros.

Tanto los espacios públicos como los privados han sido construidos con la finalidad de satisfacer necesidades concretas de la población y como resultado de los requerimientos sociales, por lo tanto, se pretende que ésta los use para los efectos que fueron creados, es decir, que las calles se utilicen para transitar y para comunicar, que en las oficinas públicas se realicen los trámites relativos a la administración pública y al gobierno, etcétera. Cada uno de ellos está destinado al desarrollo de determinadas actividades que suelen estar preestablecidas y que conllevan en su seno relaciones sociales específicas. Lo mismo sucede en aquellos espacios que definimos como pertenecientes al ámbito privado: las casas son construidas para albergar a las personas, para que en ellas convivan y descansen sus moradores, en las fábricas y en los talleres la distribución de los espacios está encaminada a agilizar la producción de las mercancías que posteriormente serán vendidas en distintos establecimientos comerciales, etcétera. En este sentido, se puede afirmar que las características de muchos de estos espacios se deben a que fueron construidos para fines específicos, y estos fines son los que determinan el uso que se les da.

Sin embargo, como ya dijimos antes, el dinamismo propio de la sociedad se plasma en el espacio. Éste se convierte en una caja de resonancia de las transformaciones que experimenta la sociedad. Conforme se transforman la actividad humana y las relaciones sociales, los hombres responden ante las nuevas situaciones, se adaptan ellas. Estas respuestas pueden abarcar al conjunto de las relaciones sociales o sólo a algunas de ellas, pueden restringirse a la actividad económica o la política, incluir la vecinal o hasta la religiosa, por mencionar algunas. En este esfuerzo, se readecúan las actividades, pero también las instituciones sociales, y todo esto se plasma, entre otras cosas, en la utilización que la población hace de los espacios urbanos, tanto de los públicos como de los privados.

Es frecuente, en las colonias populares y en los viejos barrios de la ciudad, que la calle se utilice para fines muy diversos en distintas horas del día y de la noche. Por las mañanas, en las banquetas se instalan puestos en los que se venden verduras e incluso carne; por las tardes, la venta es de dulces o de pan y las calles se convierten en canchas de fútbol o en áreas de juego en donde los niños más

pequeños se ejercitan con carritos, bicicletas o simplemente corretean; por las noches hay una nueva transformación de los puestos, que se convierten en cenadurías. En situaciones extremas, como en Tepito, por ejemplo, ciertas calles se transformaron en corredores comerciales de manera casi definitiva; o ciertos mercados se expanden más allá de sus límites, como en el área de la Merced, en donde las banquetas de los alrededores incluso tienen ya rejas, barreras que permiten y sancionan el establecimiento permanente de puestos del mercado. Otro tanto podríamos decir de algunas calles que son, en los hechos, paraderos del transporte público que se cierran al tránsito particular. En ocasiones, como en la navidad o en la fiesta del patrono, se instalan juegos mecánicos y puestos de la feria, se rompen las piñatas en las posadas o se ven atestadas de gente que participa en la procesión. No es insólito que en los callejones se instalen toldos, mesas, sillas y un conjunto musical para la celebración de la boda o de la fiesta de quince años de alguno de los vecinos. En estos casos, la calle es un espacio público, pero para los vecinos también es un área que les pertenece y, en virtud de esta pertenencia, pueden disponer de ella para satisfacer algunas de sus necesidades de sociabilidad. Aquí cabe señalar el carácter de estas actividades: algunas de ellas pertenecen a la vida privada de las personas, como sería el caso de las celebraciones, otras son parte importante de la vida comunitaria, como las fiestas religiosas, y las últimas se refieren al uso que estos sectores, para los cuales es un espacio lúdico y de sociabilidad, han dado tradicionalmente a la calle. Es la forma de tener un espacio del que carecen en sus hogares.

El uso del espacio también lleva en su seno una carga de conflictividad. Como resultado del proceso de segregación que genera el crecimiento urbano, de la densificación, de la intensificación en su uso, algunas zonas se vuelven el centro privilegiado en donde se desarrollan los conflictos. La conflictividad se volverá más explosiva, se manifestará con mayor frecuencia, en aquellos lugares en los que se concentran las actividades culturales y la administración pública. Su ubicación y la afluencia de población los convierte en los sitios idóneos para manifestar la inconformidad y expresar las demandas. Las avenidas del Centro Histórico de la ciudad de México son el escenario en el que se expresa el descontento de muchos grupos sociales, son el ámbito que se disputan los vendedores ambulantes.

Apropiación

La modificación en el uso del espacio construido, como la construcción del mismo, puede tener como punto de arranque la apropiación de este espacio,

es decir, como bien lo analiza Monnet, la voluntad de un sector social de hacer suyo —al menos en términos de su uso— un espacio dado, cancelando sus usos previos. Los espacios así reutilizados son, de nueva cuenta, depositarios del conflicto entre grupos o sectores sociales y, generalmente, son lugares privilegiados para descubrir relaciones de poder y clientelares: pensemos de nuevo en el comercio ambulante del centro histórico, en los conflictos con el comercio organizado de dicha zona, en las componendas entre los líderes de estos grupos y los sucesivos gobiernos del D. F., en el voto al PRI, condicionado a la tolerancia de estas actividades; pensemos en los paulatinos cambios en el uso del suelo en ciertas colonias residenciales,⁴ apoyados en el poder y en las relaciones de unos cuantos.

En diversas zonas de la ciudad, las calles son el dominio de bandas de jóvenes que controlan el tránsito que pasa por ellas, que deciden cuáles actividades y en qué tiempos están permitidas, que agreden a quienes, por ignorancia o por insumisión, transgreden sus normas. Tener un lugar en esos espacios implica el reconocimiento del poder de la banda y el sometimiento a sus reglas:⁵ el acceso a la colonia, el tránsito peatonal y el vehicular, el comercio local —legal e ilegal— de la zona. Este control del espacio urbano es la condición para que puedan desarrollarse ciertas actitudes antisociales y delictivas. Más allá de los medios utilizados para recuperar estos espacios, la perspectiva aquí propuesta permite analizar este fenómeno como la manifestación de una demanda social amplia de los sectores directamente afectados, para que los espacios públicos recuperen su sentido original.

Aunque el resultado de los fenómenos de apropiación del espacio tiene que ver con sus nuevos usos, esta forma específica está cimentada en relaciones de violencia estructural. Si bien la manera de apropiarse del espacio prescinde de lo socialmente establecido como legal, es fruto de la exacerbación de condiciones de desigualdad, de la clausura de opciones, del agotamiento de otros recursos que les permitirían satisfacer sus necesidades.

⁴ *La Jornada* (25/11/97) consigna el conflicto entre los colonos de las colonias Vista Hermosa y Bosques de las Lomas con un grupo de añejos habitantes de la zona que no han permitido el despojo de sus propiedades por los poderosos vecinos, pero que constantemente sienten la amenaza del desalojo. Sabemos también que los antiguos moradores de Santa Fe fueron casi "enclaustrados" dentro de ciertos límites para no interferir en el nuevo desarrollo.

⁵ Desde esta perspectiva, podrían analizarse los operativos policíacos realizados durante 1997 en la colonia Buenos Aires de la ciudad de México como un violento intento de las autoridades de la ciudad por recuperar el uso de los espacios públicos para todos los ciudadanos y por quitar el poder a ciertos grupos organizados que controlan ese espacio urbano.

El uso del espacio como propuesta metodológica

Como hemos esbozado en las páginas anteriores, el espacio es un semillero de posibilidades de análisis de las relaciones sociales urbanas y un buen conductor del estudio de lo urbano. Contiene y manifiesta las relaciones de los grupos que lo usan y, en tanto que estas relaciones son dinámicas, el espacio social se manifiesta, también, como una realidad dinámica que genera, a través de su uso, nuevas formas de relación; lugar de poder disputado por diversos actores, el espacio manifiesta las conformaciones de grupos y de relaciones políticas.

El acceso al estudio de las dinámicas sociales que determinan la construcción del espacio; que con el uso lo resignifican; que hacen públicos los espacios privados y privatizan los espacios públicos; que motivan las apropiaciones y la intervención de diversos sectores en espacios específicos, nos permite entender los procesos a través de los cuales se construye y crece la ciudad, los intereses y las acciones de sus habitantes.

El estudio de la ciudad a través de su espacio permite, además, incluir en ese estudio a todos los que lo comparten, a quienes lo disputan e incluso a quienes son excluidos de él. En este sentido, el enfoque propuesto permite recuperar el anhelo holístico de los estudios antropológicos, a través de una óptica enraizada en una realidad tan concreta como el espacio social.

Bibliografía

Alonso, Jorge

1980 *Lucha urbana y acumulación de capital*, Ediciones de la Casa Chata, México.

Arias, Patricia y Lucía Bazán

1997 *CIDAC un proceso de industrialización en corazón campesino*, Cuadernos de trabajo 1, CIS-INAH, México.

Castells, Manuel y F. Godard

1974 "Monopolville. Analyse des rapports entre l'entreprise, l'état, et l'urbain a partir d'une enquête sur le croissance industrielle et urbaine de la région de Dunkerke", en *La recherche urbaine*, número 6, Mouton, París.

Gluckman, Max

1967 "Introducción", en A. L. Eptocin (editor), *The craft of Social Anthropology*, Tavistock, London, XI-XX.

Gortari, Hira de y Regina Hernández

1998 *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*, 4 volúmenes, Departamento del Distrito Federal/Instituto de Investigaciones José Ma. Luis Mora, México.

Monnet, Jérôme

1996 "Espacio público, comercio y urbanidad en Francia, México y Estados Unidos", en *Alteridades*, año 6, número 111, UAM-Iztapalapa, México, pp. 11-25.

Portal Ariosa, María Ana

1997 *Ciudadanos desde el pueblo. Identidad urbana y religiosidad popular en San Andrés Totoloapan, Tlalpan, México, D. F.*, UAM-Iztapalapa, DGCP, CNCA, México.

Rodríguez, Mariángela

1981 *Hacia la estrella con la pasión y la ciudad a cuestas: Semana Santa en Iztapalapa*, Ciesas, México.

Safa, Patricia

1998 *Vecinos y vecindarios en la ciudad de México. Un estudio sobre la construcción de identidades en Coyoacán, D. F.*, UAM-Iztapalapa/CIESAS, Porrúa, México.

Salmerón Castro, Fernando

1996 *Intermediarios del progreso. Política y crecimiento económico en Aguscalientes*, CIESAS, México.

Sevilla, Amparo

1996 "Aquí se siente uno como en su casa: los salones de baile popular de la ciudad de México", en *Alteridades*, año 6, número 11, UAM-Iztapalapa, México.

Signorelli, Amalia

1989 "Spazio concreto e spazio astratto. Divario culturale e squilibrio di potere tra pianificatori ed abitanti dei quartieri di edilizia popolare", en *Antropología Urbana. Progettare e abitare: le contraddizioni de*

Urban Planning. La Ricerca Folclorica 20, número monográfico, Brescia, pp. 13-22.

1996 *Antropología urbana. Introduzione alla ricerca in Italia*, Angelo Guerini e Associati, Milán.

Wirth, Louis

1968 "El urbanismo como modo de vida", en *America Journal os Sociology*, número 44, Buenos Aires, pp. 1-24.